

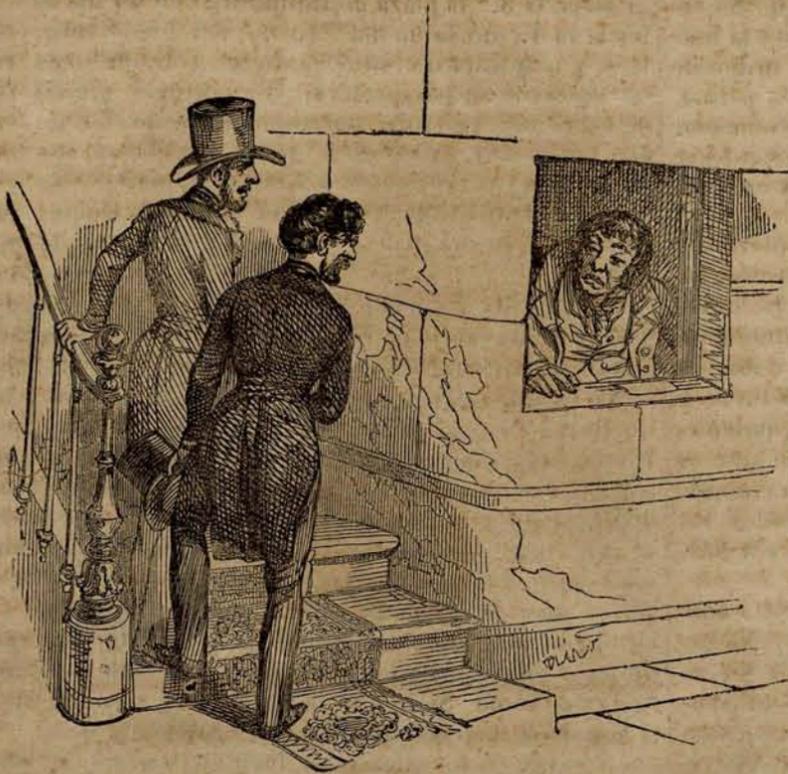
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 270

MADRID 5 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



SE RETIRO A TIEMPO QUE EL CRIADO DEL CONDE LES ACECHABA DESDE UNA VENTANA.

EL LOBO Y EL CORDERO.

Mientras M. de Noirmont hablaba de este modo su rostro revelaba dolor profundo, temblaban sus pálidos labios, y a pesar de sus esfuerzos por disimular el horrible quebranto de su alma, resbaló de su pupila una ardiente lágrima que vino á caer sobre su mano. M. de Noirmont se estremeció... Enrique volvió la cabeza.

— Miserable debo pareceros en este momento, añadió sonriendo: y no obstante os aseguro que esta es la primera lágrima que vierto en veinte años; y juro que será la última: lo que ahora conviene es poner término á este horroroso debate. Ya conocéis lo que de vos espero y exijo. ¿A más á mi esposa lo suficiente para disputármela contra vuestra vida y casaros con ella si yo sucumbo?

Al pronunciar M. de Noirmont estas palabras sacó del bolsillo dos pistolas y las colocó sobre el velador que tenía delante.

— ¡Caballero, exclamó Enrique retrocediendo, eso es una alevosía!

— No hay tal, respondió M. de Noirmont sesgado; es un convenio que os propongo, es una partida entre dos, un juego de azár, una suerte de dados; elegid si gustais. Veo con placer que pude prescindir de esta precaucion porque aquí hay todo lo que hace falta. Si preferis serviros de vuestras propias armas, por mí no hay inconveniente.

— Mis pistolas no están cargadas, murmuró Enrique paseando en torno suyo una mirada de espanto.

— Pues bien, tomad las mías.

— Enrique permaneció mudo.

— Si lo que os da en pensar son las consecuencias de este lance, tranquilizaos; previsto está todo, pues antes de salir de mi casa he escrito una carta que declarara que he sido muerto lealmente. Os ruego que empleis en mi favor las mismas precauciones. Cabalmente aquí hay papel y tinta.

M. de Noirmont se levantó para tomar de la mesa recado de escribir; en el mismo instante se apoderó Enrique de una pistola y apuntó á su adversario; cayó el gatillo pero el cañon permaneció mudo.

— Me olvidé de advertiros que solo traia car-

gada una pistola, dijo con sosiego M. de Noirmont, apoderandose de la otra. Ahora me toca á mi.

— ¡No me mateis, caballero! exclamó Enrique fuera de sí.

— No, por vida, sin que antes pongas mi honor á cubierto de toda sospecha... escribe...

— Estoy sin armas: este es un asesinato.

— ¿Y cómo llamas á lo que has intentado en contra mia?

Enrique inclinó la cabeza sin pronunciar palabra.

— Eres tan vil como pérfido, murmuró M. de Noirmont: tu vida no merece la pena de que uno te la quite, y no puedes ser peligroso para quien te conoce. Escucha, prosiguió adelantándose hacia el jóven que se hallaba en pie, pálido y trémulo en uno de los rincones de la estancia..... tengo lástima de ti y te perdono con solo una condicion....

— ¿Cuál?

— Ocioso es decirlo de antemano cuando no admito otra. Escribe la que voy á dictarte.

El jóven se acercó al velador y cogió una pluma.

M. de Noirmont dictó de este modo.

« Declaro por mi honor, de buen grado y para reposo de mi conciencia, haberme abrogado públicamente sin autorización para ello y solo por pura vanidad, el derecho de defender contra la calumnia á la señora condesa Luisa de Noirmont.»

Desesperado Enrique soltó la pluma,

— Firmad, dijo su enemigo.

— Nunca.

M. de Noirmont retrocedió un paso y montó su pistola.

Enrique estampó su firma al pie del escrito.

— No basta eso, añadió M. de Noirmont, vuestro desafío con M. de Stival destruiria el efecto de nuestro convenio, por consiguiente no puede verificarse y es preciso que lo arregleis como se pueda. No os faltarán pretextos plausibles... ¿os avenís á esto?

— Si señor.

— En cambio me obligo á no hacer uso de este papel, sino en el caso de precisarme á ello vuestra ulterior conducta, y á no decir á nadie que

conde Enrique de Pons es un cobarde y un asesino.

Dicho esto M. de Noirmont recogió el papel y las pistolas y se retiró á tiempo que el criado del conde les acechaba desde una ventana. Enrique cerró con prontitud la puerta y se dejó caer sobre un sillón.

— ¡Diantre de hombre! murmuró al cabo de algunos instantes pasándose la mano por los ojos como hombre que procura desprenderse de una imagen penosa; ese marido es un perro rabioso, no alaja hasta que hace presa. ¿Quién lo hubiera creído? no se lo que dirá Mma. de Bornes sobre esta ocurrencia; pero se ha visto á hombres valientes temblar de miedo con menos motivo.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

GIPSY ò LA GITANA.

Desde que el ilustre Cervantes dió vida á su graciosa *Gitanilla* hasta que el señor Garcia Gutierrez escribió su *Trovador* apenas se ha escrito drama ni novela donde figuran gitanos sin que guarden en sus aduares ó rancherías algun niño ó niña perteneciente á una poderosa familia y robado por la errante tribu á pesar de la vigilancia de sus ayos. Esta es tambien la base del argumento del baile ejecutado en el teatro del Circo en la noche del 3 de octubre.

Pasa la accion en Escocia: en el castillo de Lord Campbell se celebra la coronacion de Carlos II: se dispone una cacería para dar principio á la fiesta: aparece en las inmediaciones del castillo un grupo de gitanos quienes admiten por camarada á Stenio jóven puritano y fugitivo, la niña Sarah, hija del Lord ha obligado á su aya Mega á que la lleve á ver la cacería acosado un jabali la hiere en el brazo; vuela Stenio á su socorro y tumba de un tiro á la fiera: se reunen todos los cazadores, saben el suceso, y el Lord sienta á su mesa al libertador de su hija, quien rehusa brindar por Carlos II: sacan todos las espadas y acometen al puritano. defiéndenle los gitanos y el lord le salva: prosiguen las interrumpidas fiestas; y mientras todo es júbilo en el castillo, Pa-

tas de Diablo, jefe de la tribu, arranca a la niña Sarah de su techo y huye con ella saltando riscos y trepando peñascos, sin que el desolado padre ni sus gentes puedan darle alcance.

Doce años pasan del primero al segundo acto: se hallan los gitanos en una calle de Edimburgo, roban todas sus alhajas al joven Narciso, presunto heredero de lord Campbell, quien sale ebrio de una orgía. Mab, reina de la tribu, les manda que devuelvan las robadas joyas, como lo hacen al parecer dándole otras falsas, excepto el medallón que llevaba al cuello, con el cual se quedó Patas de Diablo. Después de muchas instancias cede Mab, aunque mal de su grado, a que Stenio y Sarah se casen: aquel ha revelado a esta la historia de la caza. Mab dá a los gitanos la orden de marcha, pero Sarah es la que se lleva la palma, y en su rededor se agrupa aquella gente nómada. Mab detiene a Patas de Diablo, le hace confesar el robo del medallón, se apodera de él y cree tener ya segura la venganza.

Amenizan los gitanos la fiesta de la plaza de Edimburgo con motivo de la feria: Narciso se apasiona de Sarah, Mab y Stenio los observan, y cuando este sale en su auxilio, dá la gitana un bofetón a su importuno amante: en él reconoce la reina de los gitanos al dueño del medallón; y con infernal astucia le lo regala a Sarah, poniéndoselo al cuello: desfila la cuadrilla de gitanos por delante de la muchedumbre. Narciso reconoce su medallón, y por orden suya prenden los ministros de justicia a la hermosa Sarah y a Stenio por la viva resistencia que opone.

Comparece Sarah pálida y suelto el cabello ante el lord Campbell Sheriff de Edimburgo: Narciso la acusa: el pueblo presencia el juicio: Stenio ha logrado escaparse de los que le llevaban preso y viene a defender a su compañero; el Lord bien a pesar suyo se ve obligado a condenarla. Sarah fuera de sí saca un puñal para darse muerte: se lo arrebató el lord y advierte entonces una cicatriz en el brazo de la gitana; esta le refiere la historia de la cacería, y el Lord reconoce en ella a su hija amada. Aparece en el fondo una figura siniestra, es la de Mab, acompañada de un gitano con un arma de fuego: el asesino apunta a Stenio; pero Patas de Diablo evita el golpe y clava su puñal en el corazón de la vengativa gitana.

Conduce el lord a su hija a presencia de multitud de gentes atraídas por las ferias y declara a Stenio libertador y esposo de Sarah.

Como se ve por esta sucinta relación este argumento es bastante lindo para que la espese la mímica, que siempre será griego para nosotros, causándonos fastidio y haciendo enojosa toda fiesta por indispensable que sea su mérito; otra sensación bien distinta se experimentaba cuando la mímica es tan selecta como la del inimitable Salvator y cuando por auxiliares la declamación ó el canto.

Aunque Gypsy abunda en bailables todo parece poco cuando la mímica es tanta. Entre ellos nos parece el mas escogido y el de mas carácter el que ejecutan los gitanos en el aduar de Edimburgo. La señora Daval fue la heroína de la fiesta: baila con mucha gracia y ligereza, hay coquetería en sus flexibles movimientos y garbo en su esbelto talle; el público la prodiga justos y estrépitos aplausos. El señor Demize no baila lo suficiente para formar pareja con la señora Daval. La Petit es un ángel caído, una flor marchita, no pa-

rece sino que ha pisado alguna mala yerba en el hermoso suelo de Andalucía según lo que ha decaído su mérito: cuando bailó la Cracoviana se nos vino a la memoria la Adela Bartolomín que tan gratos recuerdos ha dejado entre nosotros. Del señor Henoy todavía no nos atrevemos a tomar juicio: aguardamos a verle en otras funciones para calificarle como merezca.

La música del baile gustó generalmente, y la orquesta la ejecutó con maestría: el mérito del señor Gondois es un hecho por todos reconocido.

Cinco decoraciones se estrenaron: represent. la primera un derrumbadero: la 2.ª un aduar de gitanos: la 3.ª la plaza de Edimburgo en un día de feria: la 4.ª un salón del castillo del lord Campbell; y la quinta un sitio contiguo a Edimburgo de maravillosa perspectiva. No sabemos a cuál de estas decoraciones corresponde la preferencia: todas son excelentes: todas agradaron sobremanera; y si el público hubiera llamado a las tablas al distinguido artista don Eusebio Lucini no hubiera hecho mas que cumplir un acto de justicia.

El conjunto del baile no satisfizo del todo los deseos de los espectadores, ni correspondió a los cuantiosos desembolsos de la empresa.

No terminaremos este artículo sin denunciar un abuso que esperamos ver corregido en breve. En la única puerta que abre estrecha entrada al teatro se ve en todas las funciones a muchos individuos que seguramente no pagan para colocarse allí, pues en los carteles no se anuncia aquel sitio entre el número de las localidades. Obstruyen el paso de tal modo que los que han tomado su luneta con anticipación debida y se retardan un poco solo consiguen penetrar en el salón a fuerza de remo. Si lo que no creemos, espense la empresa mayor número de localidades que asientos tienen las galerías es fácil el remedio; si las localidades espendidas guardan la debida proporción con los asientos, incumbencia de la autoridad es hacer que cada cual ocupe el puesto que ha pagado, para que el paso esté libre y espedito. La autoridad no ocupa un palco para divertirse en las funciones, sino para que nada salga en ellas del orden establecido y de lo que la simple razón aconseja.

LA NORMA EN EL CARLO-FELICE.

(Continuacion)

Apenas pude oír la *Norma*: no hice mas que percibir sus bellezas al vuelo, porque cruzaban por mi mente como unos ensueños de amor, pero aunque la escuché en veces, como he escuchado la ópera *Roberto el Diablo*, nunca i. nalaran las impresiones que me brinden a las delicias que me hizo gozar aquella primera representación en el *Carlo-Felice*. Madame Schütz cantaba la parte de *Norma*, y aunque ya la habia visto en el *Oleón* y en los *Italianos* bajo el imperio de la célebre *Pasta*, su talento se habia desarrollado extraordinariamente: posee una alma llena de inteligencia y de fuego; su voz de bravura arrebató por la lozanía y vigor con que se lanza a las mas difíciles frases. No menos dulce en las piezas de sentimiento y dolor arrebató al público en la en-

cantadora cavatina *Casta Diva*: reinaba en el teatro un profundo silencio; todos los oídos, todos los ojos, todos los corazones se dirigian a la excelente actriz, y solo por intervalos exhalaban los espectadores vaporosos murmullos de admiración y de impaciencia: concluido el canto estalló el entusiasmo italiano en todas las formas; hubo gritos de entusiasmo, suspiros entrecortados, palmadas, bravos, un torrente general de aplausos, un tributo universal de reconocimiento que Génova dirigia a Bellini, a la actriz y a la orquesta. ¡Dichoso el pueblo a quien la música inspira tan profundas emociones!

El himno de guerra cantado por los druidas me pareció de una estructura original é inesperada: el grito *guerra, guerra* que leía yo en el *libretto* me anunciaba una esplosion terrible, un estrépito marcial de voces y de instrumentos, una especie de *Marsellesa druidica*... Nada de esto: es un canto belicoso de armonía salvaje que marcha en una ligera progresión de acordes, sin golpes bruscos ni violentos. Bellini ha reservado todos los tesoros de la escitacion para el trio final del primer acto: en él se rompen los diques del sentimiento y la orquesta se lanza hasta el cielo, porque *Pollion*, entre sus dos rivales *Norma* y *Adalgisa*, completa una situación altamente dramática. El trio, pues, es un volcan: los celos, el amor, la desesperacion, se disputan la victoria, con una furia de pasión que solo puede espresar el idioma musical. Solo conozco dos tríos que pueden sostener comparación con el de la *Norma*, a saber: el de *Guillermo Tell* y el de *Roberto*, si es que existe alguna pieza que merezca compararse al final divino de esta ópera. En cuanto al duo de los *Puritanos* solo es un reflejo del trio de la *Norma*.

Magníficos coros, hermosos duos, deliciosas piezas concertantes perfectamente instrumentadas conducen de éxtasis en éxtasis a la peripécia. Esta escena final es la misma que la grande escena del segundo acto de la *Vestal*; una sacerdotisa culpable condenada a muerte; pero el Gran Sacerdote no abriga la ferocidad del ministro de *Vesta*, los coros sacerdotales no rugen de rabia al entonar el anatema; así es que los efectos son distintos. Los espectadores no se horrorizan, se abandonan a la dulce piedad, lloran de ternura y de dolor, porque allí no hay sangre, ni puñales, ni venenos, ni gritos de agonía, sino escenas sencillas y patéticas que la orquesta acompaña lamentándose con unas notas únicamente creadas para la *Norma*. En aquel triste y suave trance de muerte aparece de cuando en cuando un quejido sublime que se evapora como por encanto, confundiendo sus últimas vibraciones con el fúnebre coro de los dos Druidas: una desolacion religiosa cubre aquella escena melancólica como un crespon sembrado de algunas flores. El perdón se encuentra al lado del crimen, la gracia al lado de la muerte, el bálsamo consolador al lado de la desesperacion. De este modo concluye el drama; así cae *Norma* a los pies del paternal sacerdote en medio de una atmósfera de luto. Después de haberse corrido el telón todos los ojos están húmedos y se dirigen hacia la orquesta silenciosa; se oyen aun aquellos inspirados cantos, y el corazón angustiado quita a las manos las fuerzas para aplaudir.

Al día siguiente saludé desde la popa del *Sully* las costas de Francia con el alma conmovida por el recuerdo de las lamentaciones de la *Norma*.

TEATROS.

CRUZ.

A las siete y media de la noche.

LA MEJOR RAZON LA ESPADA.

Muy aplaudida comedia en tres actos y en verso, original del celebrado Moreto, y refundida por D. José Zorrilla y en la que el primer actor D. Juan Lombía desempeñará la parte de gracioso.

PERSONAJES. ACTORES.

Doña Juana. . . . Sras. Lamadrid.
Doña Angela. . . . Flores.
Leonor. . . . Lapuerta.
Sr. Guizarro. . . . Sfes. Lombía.
D. Pedro Pantoja. . . . Alvera.
D. Diego Ganvoa. . . . Caltañaz. (D. V.)
D. Lope. . . . Aznar.

Arjona. Fernandez.
Alguacil. Flores.
D. que de Arca. . . . Azopardo.
hombre 2.º. Beyes (D. M.)
hombre 4.º. Caltañ. (D. H.)
Escrib. no. Roda.

Intermedio de baile nacional.
Terminando el espectáculo con un divertido sainete.

PRINCIPE.

Funcion extraordinaria, para hoy jueves 5 de octubre de 1843, a las siete y media de la noche, a beneficio de la primera actriz dona Matilde Díez.
1.º Sinfonia de la Gazza Ladra, a completa orquesta.
2.º Se pondrá en escena la comedia nueva, original en cuatro actos, y en

verso, escrita por uno de nuestros mas distinguidos literatos, titulada

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

PERSONAJES. ACTORES.

Marquesa. Sras. Díez.
Clara. Lamadrid.
Petronila. Llorente.
Zenon. Sres. Romea (D. J.)
Conde. Romea (D. F.)
Duque. Sobrado.
Mauricio. Guzm. (D. A.)
D. Diego. Noen.
Keen. Perez.
Caballeros. } Garcia
Paris
Sanchez.
Ugieres. } Lledó.
Portero. } Ornero.
Fernz (D. J.)

3.º Gran sinfonia de Guillermo Tell
4.º Juguete bailable compuesto y dirigido por don Angel Estrella. La música de este paso es composicion de don Manuel Martinez, profesor de la orquesta de este teatro.

5.º Sinfonia de Fra-Diabolo.
6.º Terminará el espectáculo con la divertida comedia en un acto original de don Manuel Juan Diana titulada,

CASUALIDADES.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

PURITANOS Y CABALLEROS

ópera seria en tres actos.

IMPRESA DE BOIX.